

DIMITRIS KARIOFILIS

La innecesaria tiranía de las poblaciones, el peso superfluo de la identidad, el indeseado despotismo de las fronteras.

Mientras creas, tienes que hacer frente a un despliegue de absurdos mecanismos del entorno, a una cadena de limitaciones establecidas por prioridades e identificaciones impuestas. Jamás he comprendido por qué las dos primeras preguntas que suele hacerme (a mí y quizá a todo el mundo) la gente son: “¿En qué trabajas?” y “¿De dónde eres?”.

Siempre he tenido dificultades para responder la primera, pero cada vez me cuesta más responder a la segunda. He elegido un camino de no-comodidad y no-identidad, existe en mí una atracción por lo invisible: soy extranjero en todas partes.

Declarar o buscar explícitamente una etiqueta para las actividades de uno mismo es como establecer un mecanismo limitador para la mente, un limitador de emociones e intensidad. Incluso una polimatía defectuosa es más deseable que una microespecialización impecable. Si este tipo de polimatía o semimatía (para los que ponen objeciones al uso de la primera expresión) se pierde además constantemente, entonces la experiencia diaria es más rica y más intensa. Adoptar tantas nacionalidades - reales o ficticias- como se pueda o, mejor aún, rechazar todas ellas es un paso adelante en el camino a la incomodidad que todo el mundo debería buscar para poder sobrevivir.

Es un demérito y un derroche cuando uno o una trata de territorializar su obra y además declara con orgullo una nacionalidad. De hecho, creo que tener una nacionalidad es como tener una afición estúpida o hacer colección de un objeto inútil y disparatado; y la gente que se siente orgullosa de pertenecer a una nación concreta, por nacimiento o por un proceso de naturalización, sufre de anoesia, y lo único que hacen es rellenar algo del espacio vacío de su interior.

En el mundo del arte, por desgracia, esa declaración y territorialización es menos evidente, pero está más extendida en las sociedades occidentales, donde el fascismo disfrazado (y a veces no tan disfrazado) tiene fuerza actualmente. Durante los últimos años he pasado la mayor parte del tiempo experimentando situaciones en un lugar secretamente fascista en el que todo el mundo parece estar encantado de que los dominen y cualquier tipo de “protesta” o disenso normal es en realidad falsa, porque está impuesta por las estrategias de mercado de las propias autoridades (tanto comerciales como financieras). De hecho, suelen ser el arte y sus medios los primeros en desarrollar la base de los mecanismos que son después adoptados por las autoridades y las marcas comerciales a fin de imponer sus normas de un modo no vulgar y más sofisticado. Por supuesto, esos mecanismos sirven sobre todo a intereses económicos, y por desgracia se emplean también para fomentar una imagen romántica o idílica -pero finalmente ridícula- de la tribu. Normalmente, esa tribu suele estar triste y llena de complejos.

Todo esto está realmente relacionado con mi obra, relacionado sobre todo con el sonido, pues nunca he querido formar parte de ningún tipo de corriente, moda o estilo musical. He tomado un camino impreciso, del que desconozco el nombre y adónde conduce, y

tampoco me interesa tener la menor idea sobre él. Me siento libre cambiando de perspectiva continuamente y sin tener una dirección etiológica. Me siento libre cuando pierdo las creencias sobre cosas logradas o niveles alcanzados, y siento que me quito un gran peso de encima cuando no veo ante mí más creencias. A mí me parece que tratar de encontrar “el camino” no sirve de nada, puesto que no hay tal “camino”. Cuando uno queda atrapado en una situación fija, la libertad de creación no existe. Esa postura o “no-postura” podría ser igualmente una posición o acción política, y está estrechamente relacionada con el silogismo de la no-representación mediante ninguna nación, tribu o grupo de personas. Lamentablemente, el mundo del arte sólo es una parte minúscula de todo el mecanismo, y resulta simplemente triste ver a artistas que adoptan cualquier identidad: algunos construyendo sobre variaciones del mismo tema para que los identifiquen bajo una forma o modo claro que cubre la (habitualmente) “no” sustancia/espíritu subyacente, otros utilizando su identidad nacional a fin de evitar tener que volver a empezar desde cero y tener un punto de referencia al pertenecer a una organización pseudosocial, como una nación, a fin de presentar sus intenciones.

La exégesis es la misma: la inmensa mayoría de los artistas quieren que los dominen, porque tienen miedo a la libertad y a la incomodidad. Además, los artistas que declaran una relación profunda con un territorio y que trabajan sobre ello como si tuviera un valor diferente al del resto, tienen como aspiración máxima llegar a ser parte del sistema de dominio y hacer aportaciones a la trampa segura del hogar-jaula.

A veces, el antídoto que se propone a eso es en realidad un error doble. Ocurre a menudo que el artista que se siente a gusto perteneciendo a una nación proclama que salir “fuera” de sus fronteras y conocer otras situaciones es doblemente benéfico, pues refuerza la identidad nacional y al mismo tiempo se adquiere una imagen más amplia de las diversas realidades. Pero eso es, desde luego, un fallo doble. Quien así actúa no sólo acepta la tiranía de la tribu, sino que ignora que no existe ningún “fuera”.

Esto no está escrito para dar algún tipo de sentido a una manera concreta de abordar el tema. De hecho, no creo que adoptar un enfoque extravagante o rechazar cualquier tipo de categorización (cosa que deseo) dé cierto sentido a las cosas que se hacen. El significado es una cualidad subjetiva, y desde luego es menos importante que la intensidad de las experiencias. Pero la experiencia es sin duda más intensa cuando se está libre del territorio, de sus asentamientos y de las fronteras delimitadoras.

DIMITRIS KARIOFILIS es artista sonoro y visual, conocido con el nombre ILIOS. Dirige el sello discográfico Antifrost y el festival de música experimental Electrograph, también es co-director de [un]commonsounds (proyecto de investigación y documentación) y del centro de arte A-station.

Más información en:

www.siteilios.gr , www.antifrost.gr , www.electrograph.gr , www.uncommonsounds.org

Este texto fué originalmente publicado en colaboración con la revista ZEHAR (nº59, 2006, www.zehar.net) del centro de arte contemporáneo de Donostia-San Sebastián ARTELEKU.

CC

Esta revista está bajo una licencia *Recono-NoComercial-CompartirIgual* de Creative Commons, bajo la cual se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente los textos y las traducciones sin fines comerciales, y además se permite crear obras derivadas siempre que sean distribuidas bajo esta misma licencia.

http://creativecommons.org/license/index_html?lang=eu